AÑO II. MADRID, 1 DE MARZO DE 1922. NÚM. 5.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER
Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«Satyat nasti paro Dharma». — La religión más elevada es la Verdad. (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

SOBRE EL PROBLEMA FEMINISTA

LA MUJER ANTE LA TEOSOFÍA

Un palpitante debate, planteado en el Ateneo de Madrid por la Memoria de nuestro querido colaborador D. Victoriano Lillo acerca de la «situación e influencia social de la mujer en las sociedades pasadas y futuras», ha puesto sobre el tapete una vez más el problema social de la Mujer, «¡el Eterno Femenino», que dijo Goethe al terminar su *Fausto*, la epopeya magna del titanismo contemporáneo!

La Mujer, ese ser paradójico y extraño, que el saber popular ha cantado en célebre cuarteta diciendo que es

La que, con paciencia santa,
cuando niño te amamanta,
cuando eres joven te adora
y, cuando viejo, te aguanta,

es, antes que mujer, un sér humano que, en teoría al menos, debe gozar,

si no de mayores, de iguales derechos, prerrogativas y consideración social y legal que tiene el hombre.

La Historia, maestra de la vida según Cicerón, empieza mostrándonos al mundo como regido por un criterio de desigualdad, nada justificable ante la razón pura, que Kant diría, por cuanto en las sociedades protohistóricas, como la celta, la egipcia y algunas americanas, sin contar a no pocas agrupaciones salvajes de nuestros propios días, dominó el matriarcalismo, o superior autoridad familiar de la mujer, quien era, al tenor de la frase todavía consagrada por nuestras sanas costumbres caballerescas, «la señora del señor y su verdadera dominadora». En cambio, toda sociedad histórica regida por el criterio ario, desde hace muchos siglos aparece caracterizada por el patriarcalismo, ese patriarcalismo que tan abusivo se muestra en los clásicos libros del pasado, tales como *Las mil y una noches, Los Vedas* y *La Biblia.*

Sin embargo, como sabia protesta contra uno y otro régimen de desigualdad, la íntima enseñanza religiosa de todos estos libros reconoce y proclama la igualdad esencial del hombre con la mujer, por encima de la natural y típica contraposición de los respectivos sexos. Así, las mayores proezas, en las que los héroes de *Las mil y una noches* fracasan, aparecen sublimemente coronadas por la Mujer-heroína; el hinduísmo védico presenta al «hombre completo», o séase a la Mónada familiar, como formado por esa trinidad augusta del brahmán, la brahmina y el hijo de entrambos, trinidad sin la cual el hogar ario no puede desarrollar su culto, y las druidesas, sibilas, pitonisas, sacerdotisas eternas de hondos y misteriosos cultos, gozan de preeminencias tales que, si no se supiesen por la Historia, no serían creídas, como mantenedoras del mito isíaco de la Madre-Naturaleza, coronada de Sol, de Luna y de estrellas, siempre Virgen y siempre Madre, con arreglo a los himnos órficos remedados por las religiones ulteriores. En la *Biblia* abundan también los himnos cantados a las llamadas «Mujeres fuertes», o discutibles heroínas hebreas, como Ruth, Esther, Judit, Abigail y María, siendo aún más admirable que todo esto algún pasaje del Evangelio en el que el Divino Maestro ora se acompaña de la antes pecadora Magdalena, a quien alaba su espíritu contemplativo, ora perdona a la mujer adúltera después de escribir en la arena no se sabe qué clase de fórmula cabalística, ora pronuncia en el pleito fariseo relativo al marido de siete sucesivas mujeres aquella sentencia admirable de que en el Reino de los Cielos—los Cielos del Ideal—no vivirían como tales seres sexuados, sino como entidades superhominales o angélicas, misterio sobre el cual se negó a dar más explicaciones después.

El divino Platón, en fin, en las incomprendidas enseñanzas de su *Banquete*, alude veladamente a los primitivos tiempos de la Humanidad en que los seres humanos fueron alados y bi-sexuados, hasta que los dioses, envidiosos del invencible poder logrado por ellos, los dividieron en sexos, que buscan desde entonces el unificarse de nuevo, sin conseguirlo nunca, dado que, al pretender esa unificación, el resultado no es la unidad sino el ternario, o sea «el Hijo», burla cruel de la Naturaleza, en la que está cifrada, no obstante, la santa continuidad de la especie... Este es el mito maravilloso al que alude también el coloso de Bayreuth, en su *Ocaso de los dioses*, con aquella lapidaria frase de Sigfredo, en la que, contestando este héroe a la pregunta de Hagen de «¿no dicen que tú conocías el divino lenguaje de *Las Aves?*», él responde: «¡Desde que conocí el lenguaje de las Mujeres, olvidé el de las aves!», porque desde entonces ¡ay!, el hombre, desprovisto de alas, alas espirituales y alas físicas, canta tristemente aquello de Moreras y Galicia, que dice:

Mariposa, tú y yo somos pequeños:
menguados son mis sueños y tus alas:
Tú, que puedes volar, no tienes sueños;
¡yo, que puedo soñar, no tengo alas!

Y como es principio fundamental de la enseñanza teosófica—es decir, de la primitiva Religión-Sabiduría de la Humanidad, o «Templo Sepultado», que diría Maeterlinck—, la de que, tras todo mito religioso, late la Ciencia perdida que nuestra ciencia actual puede y debe redescubrir, se da el caso admirable de que las enseñanzas que de la historia se desprenden en punto a la igualdad esencial y abstracta del hombre y de la mujer, como hemos visto, son exactamente las mismas.

En efecto, abrid los modernos Tratados de la más recalcitrante ciencia positivista, tales como la *Biología* de Le Dantec, y en ellos veréis «que el sexo es un mero accidente del sér viviente, un efectivo parasitismo, el cual, lejos de sér esencial al organismo vivo, es algo así como un sacrificio, una herida: ¡la herida de Anfortas en el *Parsifal* wagneriano; esa terrible herida que nunca puede sanar por humanas recetas, hasta que la sagrada «lanza solar o quiritaria del «Héroe de las Edades», «el Puro que ha de venir», la cierre y cure en el curso de los tiempos del mañana!

Es decir, en términos científicos, que hay una época inicial en la ontogenia de todos los seres organizados en que el sexo no existe sino como promesa y de un modo embrionario, y otro período final en que tampoco existe ya el sexo sino como resto de un ciclo evolutivo y de radio

corto dentro del otro ciclo vital del individuo vivo. Entre estos dos límites extremos, y con intermitencias de calmas y pasiones—de *patior*, padecer—, se desarrolla todo el argumento de la divina locura del sexo, hijo de la muerte y de la vida, «locura» que conjuga en química a los ácidos con las bases y a las lactonas y alcoholes consigo mismos; que produce el dimorfismo y la hemiedría en los cristales, y otros varios fenómenos físico-químicos por demás obscuros hoy para la ciencia fría; que viste de galas de ilusión a la planta, en flores que son portento de geometría, color, vida y perfume, y que—permítasenos la frase—hace altruístas, por un momento no más, a los seres más fieros o egoístas, domando a las alimañas más salvajes, y moviéndolas así a encontrar, fuera de sí mismas, esa sublimación de su aislado o su gregario vivir habitual para formar el cubil, la madriguera o el nido, incipientes precursores del santo hogar del hombre...

Y pues que la orgánica evolución natural no puede nunca interrumpirse, el hogar, y nada más que el hogar ario, establecido al tenor de los definitivos preceptos del *Código del Manú*, o, si queréis, de los altos cuanto desnaturalizados consejos de las demás religiones posteriores, es la solución integral, que lógicamente se desprende de las enseñanzas históricas y también de las más modernas conclusiones científicas.

Pero, ¡ay!, que aquí empieza, en sociología moderna, la mayor dificultad del problema, por cuanto, aun siendo de ley natural la del hogar para el hombre como para la mujer, como fórmula de lógica transacción entre la necesidad sexual y las sexuales o asexuales locuras de quienes por no obedecer al sexo queriendo trascenderle sin fuerzas para ello le pervierten dejándole subir a la cabeza, no todos, especialmente las mujeres, pueden constituir su nido ansiado, porque un régimen social, absurdo y lleno de infatuados prejuicios de una pseudo-ciencia, ve impasible llegar la pubertad antes de los diez y ocho años, y no capacita armónicamente al sér humano dándole medios legales de constituir, a tiempo ni a destiempo, tal hogar, con arreglo al imperativo categórico de la Madre-Naturaleza. Las consecuencias que de semejante modo antinatural de proceder se derivan ya las estamos tocando, pues que causan ellas, por sí solas, más víctimas que las tisis y las guerras, tanto que el satírico que se asombraba del «ímprobo trabajo que, por no trabajar, se suele tomar el hombre», tendría harto elemento de sátira haciendo inventario de las mil y una locuras sexuales cometidas por el sér humano para huir vanamente del hogar, como templo del sexo, y también templo del super-sexo, o sea de esa protección mutua y esa espiritual ultra-sexualidad de armónica contradicción complementaria del hogar, en la que los dos partidos políticos más pri-

mitivos, el conservador de la mujer y el liberal del hombre, o a la inversa, tienen, desde los tiempos de Brahmâ-Vach, de Adán y Eva, o de Abraham y Sahara, el más arcaico de los Ateneos o de los Parlamentos...

La Naturaleza sabia, al lado de la necesidad, ha puesto siempre el remedio y la Humanidad presente, que de tal suele a veces no tener sino el nombre, no parece sino que se precia de ir en contra de la ley del hogar por todos los medios imaginables, huyendo de esta «perpendicular única», por cualquiera de esas infinitas oblicuas que se llaman claustro sin vocación, prostitución, solitarismo, amores esporádicos o inconfesables, unisexualidades y, en fin, ¡sexualidad cerebral, que no orgánica, constituída por esa maldita literatura que no hay para qué nombrar, como si la idea, el sentimiento, el arte, la ciencia y todo cuanto por la mente pasa estuviese también tocado de esa ley puramente animal del sexo, no de esotra ley trascendente del super-sexo, que nos retornaría, si ella fuese sola, al estado platónico de los hombres-alados, o al angélico de todos los triunfadores del mismo, después de haberle racionalmente obedecido en esta o... en anteriores existencias!

No somos revolucionarios en el sentido político que suele darse a la palabra, pero confesamos que para lograr capacitar socialmente al hombre y a la mujer con vistas al hogar en la edad competente marcada por la Naturaleza, es legítima toda revolución, porque semejante revolución, que está ya llamando a nuestra puerta, no sería en sí otra cosa que la manifestación natural de esa fuerza incontrastable que para la expansión vital de la planta—¡aquí la divina planta humana!—resquebraja hasta la dura roca que se le opone...

¿Leyes de adaptación de estos ideales, a la mísera realidad actual que tanto dista de ellos? El asunto se sale ya de los límites de un artículo modesto, como el presente. Pero una de ellas, a no dudarlo, es la de evitar los malos hogares o «pseudo-hogares» con una sabia ley de divorcio, ley igual para la mujer que para el hombre; y otra la de considerar a aquélla con iguales derechos que a éste, tanto al tiempo de casarse, para que llegue al hogar bajo el debido pie de igualdad que es justo, como después ya de casada, para que el equilibrio del hogar no se destruya, retornándose a cualquiera de los dos defectuosos regímenes del pasado: el viejo matriarcalismo, afrenta del hombre digno, y el ulterior patriarcalismo, fuente de todas las guerras y tiranías que en el mundo llevamos visto, sin esperanzas de dejar de verlas en lo sucesivo.

Tal debe ser, sin duda, el lenguaje de los hombres que hemos tenido madre, esposa e hija; de los hombres de la cortesía de hecho y de ley, y no

de frívolas frases galantes y hueras; de los hombres, en fin, que, cual los teósofos, debemos todas las luces de esta nuestra doctrina que ha de revolucionar en breve al mundo, a una mujer incomprendida y principesca, a quien ya, tras los horrores que presenciamos, empieza a hacérsela justicia.

R. de L.

POR TIERRAS, MARES Y CIELOS

LA MOMIA MISTERIOSA

Sin honduras ni comentarios, vamos a dar a nuestros amables lectores la historia más extraña de fantasmas que se ha conocido de diez mil años a la fecha, historia por medio de la cual se demuestra que una influencia maligna ha podido persistir en la caja vacia de una momia que hoy existe en el Museo Británico, haciéndose manifiesta desde que la momia que contenia le fué sacada hace cosa de sesenta años.

En un rincón obscuro de la primera sala egipcia del Museo Británico existe la caja de una momia, que representa la forma de una mujer egipcia, cuyo nombre aún no ha sido encontrado (1), momia de una mujer que vivió en Tebas hace treinta y cinco siglos. Tiene dicha figura cruzadas sobre el pecho sus largas manos, y sus obscuras pupilas miran de un modo extraño y vago.

La caja de referencia es una preciosa muestra del arte de su época, correspondiente a la XVIII dinastía; pero como se halla colocada en un anaquel de vidrio que descansa sobre la pared, en línea con muchos otros de los preciosos trabajos de viejo arte relativo al entierro de los muertos en el Egipto antiguo, los espectadores, en general, la contemplan con mirada indiferente. Sin embargo, la tal caja tiene una obscura y misteriosa historia y sobre esta reliquia pesan una serie de terribles sucesos, los cuales han dado motivo para que se les llame «la historia de fantasmas más extraña del mundo». Nunca ella será escrita con todos sus detalles; pero algunos de sus capitulos pueden ser expresados en muy pocas palabras.

Como mil seiscientos años, antes de Jesucristo, vivió y murió en la gran ciudad de Tebas una sacerdotisa del Colegio de Ammón Ra. Es posible que ella fuese un personaje de real estirpe: por lo menos parece haber sido de alto rango; pero de su nombre, de la historia de su vida, nada se sabe. Sin duda su cuerpo fué embalsamado con todo el cuidado que los egipcios, y especialmente los sacerdotes, empleaban en este trabajo, parte muy esencial de su religión. La momia estaba encerrada en una caja de madera y colocada en el

(1) Según otros informes, se llamó la hermosa Katebet. (Véase el núm. 7, año XVII, de la Revista Teosófica *Sophia*.)

lugar destinado para sepultura de los sacerdotes y sacerdotisas del Colegio.

Probablemente el lugar del entierro fué cuidadosamente escondido, porque el objeto de los embalsamamientos era que el cuerpo se conservara para el uso de su dueño a su vuelta del mundo inferior; así es que el cuerpo de la sacerdotisa descansó en paz a través de los siglos, hasta que una banda de merodeadores árabes perturbó su reposo. Esto sucedió hace como sesenta años, y la momia, que de alguna manera fué sacada de su caja, desapareció.

Entre los años 1860 y 70, una partida de cinco amigos efectuó una excursión por el río Nilo. Fueron a Luxor, en el camino de la segunda catarata, y allí exploraron a Tebas con su Templo de Ammón Ra, que no tiene igual en toda la tierra por la magnificencia de sus ruinas.

Una bien conocida señora inglesa de la aristocracia los hospedó, y el cónsul Mustaphaga dió una fiesta en su honor.

Cierta noche el cónsul envió a sus amigos un árabe, el cual decía que acababa de encontrar la caja de una momia, que era de un valor inapreciable.

A la mañana siguiente les llevó la caja para que la inspeccionaran; se veía que tenía el retrato de una mujer, de belleza singular; pero de fría y maligna expresión.

La caja fué comprada por uno de los miembros de la expedición, el señor D., el cual convino en echar suertes con sus compañeros para la posesión de aquel tesoro, y así cayó en manos de uno de los amigos, a quien llamaremos el señor W.

Desde ese momento se conoce la historia con toda claridad, historia marcada por una serie de fatalidades, las que parecen no haber cesado ni aun después de que la caja encontró hospedaje entre miles de reliquias similares en el Museo Británico.

A la vuelta del viaje de estos exploradores, fué uno de sus miembros herido en el brazo accidentalmente, por uno de sus criados, a causa de haber hecho explosión una escopeta sin causa aparente para ello, por lo cual tuvieron que amputarle el brazo. Otro de ellos murió en completa pobreza en el transcurso del año. Un tercero fué herido de un tiro. El dueño de la caja de la momia se encontró al llegar al Cairo con que había perdido una gran parte de su fortuna, y murió poco después.

La sacerdotisa de Ammón Ra demostraba su disgusto de una manera convincente, por lo que vamos viendo.

Cuando la caja llegó a Inglaterra fué dada por su dueño, el Sr. W., a una hermana casada que vivía cerca de Londres. Al momento cayó la desgracia sobre este hogar, en el cual se sufrieron pérdidas pecuniarias que trajeron consigo otras muchas calamidades.

Pero antes de esto, un día, la teosofista Mme. H. P. Blavatsky entró en el cuarto donde la caja había sido depositada, y al momento dijo que en aquel lugar existía influencia muy maligna. Al encontrar la tapa, le rogó a su dueña

que la mandase en seguida fuera de la casa, por ser una cosa de gran peligro. La señora se rió de esta idea, como de una superstición.

Poco después mandó ella la caja a un bien conocido fotógrafo de Baker St. Al cabo de una semana vino éste a verla, dominado por gran agitación, para decirla que mientras la había fotografiado con el mayor esmero, y pudiendo garantizar que nadie había tocado ni al negativo ni la fotografía, ésta representaba la cara de una mujer egipcia, viviente, la que miraba al frente con una expresión de singular malevolencia. Pocos días después murió el fotógrafo, repentina y misteriosamente.

Por este tiempo mister D. se encontró casualmente con la dueña de la caja de la momia, y al escuchar su historia le suplicó que se deshiciese de ella, y la señora la envió al Museo Británico.

El encargado de llevarla se murió en el transcurso de una semana, y el que le ayudó tuvo un serio accidente.

Esta es la historia, tal cual fué comprobada con la excepción del último hecho, por una persona que durante tres meses estuvo desenredando los hilos de este raro suceso, y obtuvo pruebas evidentes de la identidad de las personas que sufrieron a consecuencia de la furia de la sacerdotisa. Este señor fué el ya difunto Mr. B. Fletcher Robinson.

Nosotros referimos la historia de la misma manera que él la contó, declarando que cada uno de estos hechos era absolutamente auténtico.

Aquel debió haber pensado que cuando la caja de la momia llegó al Museo y fué instalada en un lugar de honor, la serie de fatalidades habría terminado, porque escribió: «Tal vez sea que la sacerdotisa solamente usó de sus poderes contra aquellos que la trajeron a la luz del dia y que la tuvieron como un adorno en una casa particular, pero que ahora, colocada entre reinas y princesas de igual rango, ya no haria más uso de sus malignos poderes.»

Pero una señora, Mrs. St. Will, que recientemente dió una conferencia en la que se relató esta historia, hizo constar que poco tiempo después de haber Mr. Fletcher Robinson recogido los hechos referidos, murió él también en edad temprana después de una corta enfermedad. ¿Seguirá aun implacable la sacerdotisa de Ammón Ra?

* * *

Este articulo, publicado en el número 164 de la revista norteamericana *Pearson*, por G. S. Russell, y reproducido hace ya algunos años por el *Heraldo de Nueva York*, contiene muy interesantes pormenores más, de entre los cuales entresacamos lo siguiente:

Toda momia es misteriosa. Al ver una momia, siempre meditamos sobre la extraña historia que nos podía referir de tiempos antiguos, y si algún espíritu viviente aun persiste en este campo muerto. Son curiosas las historias que existen sobre estas maravillosas figuras conservadas desde hace miles de años.

Los antiguos egipcios creian en una vida eterna. Sostenian la idea de que el alma, en edades futuras volveria a su cuerpo. Por este motivo consideraban como un deber sagrado preservar los cuerpos de los muertos; y mantuvieron esta creencia hasta hace como seis mil años.

Herodoto y otros autores más dicen algo sobre sus métodos. El arte de preservar a los muertos era practicado por una Asociación nombrada por el Gobierno y apoyada por la Ley. A aquellos que necesitaran de sus servicios se les enseñaban tres modelos de momias terminados. El método más caro costaba un talento de plata (unas 240 libras esterlinas).

En medio de grandes ceremonias, se depositaban las momias de los muertos en las Mastabas: los sacerdotes y amigos recitaban oraciones y letanias para que al cuerpo mortal (Khat) se le concediera el poder de transformarse en un cuerpo espiritual que era llamado Sahú, ascender al Cielo y vivir con los Dioses. Entre otros modos de ser de los muertos, creian que tenian un doble o espiritu (Ka), que vivia en la tumba, y suponian también que necesiba ser alimentado con comida y agua.

Las largas y bajas construciones llamadas *Mastabas* se dividian en cuatro partes: un aposento que servia como de capilla, en la cual los amigos del muerto depositaban sus ofertas funerarias, y en la que los sacerdotes oficiaban delante de una losa, en la que se hallaban inscriptos los nombres del muerto y esculpido su retrato, asi como algunos versos a Osiris. En un socavado del muro estaba el *Serdab*, que era un pequeño nicho en el que la estatua del muerto se hallaba incrustada. Dejaban también una abertura para que el olor de las ofrendas y del incienso pudiera llegar al cuerpo que se hallaba depositado en su obscura celda. Parece que esto lo hacian con la idea de que el *Ka*, o doble, tuviese un medio de salvación, caso de que la momia se destruyese, pudiendo refugiarse en el cuerpo material de la estatua.

La abertura de la Mastaba conducia directamente al aposento subterráneo de la momia. Las paredes de éste estaban por lo general ricamente ornamentadas con pinturas y esculturas. En ella se encontraba una mesa para ofrendas, la que contenia dos o tres grandes vasijas para agua o vino. En este departamento era en donde descansaba la momia dentro de un gran sarcófago de piedra; y los pulidos bordes de la maciza tapa eran pegados con cemento.

La entrada a este departamento se cerraba con tierra, arena o piedras, y el muerto, una vez fuera de peligro exterior, se abandonaba a su sueño eterno, o hasta que la mano del destructor llegara a violentar su descanso.

Conforme fueron pasando los siglos, las costumbres, a su vez, cambiaron con respecto a los sistemas de enterrar, y poco a poco se acostumbró a llenar las tumbas de riquezas, de exquisitos alimentos, y se les proveia de toda clase de objetos a los cuales los muertos estaban acostumbrados en vida y asi como de muebles, vestidos y articulos de tocador, de juego o de placer; figuras de dioses para que protegieran al muerto, y rústicos amuletos para ayudarle a

vencer a los espiritus enemigos en su largo y último viaje. En fechas determinadas depositaban ofrendas en las tumbas, que llamaban «la buena vivienda», y creian que sufririan desgracias aquellos que por negligencia olvidasen este sagrado deber, como creian también que el *Ka* poseia casi el poder de su dios para castigar.

(*Revista teosófica de Cuba.*—Traducción de E. F. de P.)

HESPERIA *no opone en el orden abstracto de las ideas limitación alguna a sus redactores y colaboradores, y no se hace responsable, por tanto, de ellas.*

NOCIONES TEOSÓFICAS

Si no fuera ya un hecho aceptado por la mayoria de la Humanidad, además de la casi totalidad de los hombres de ciencia, el que la ley de Evolución es una ley inherente, no sólo en el hombre, sino a todo lo que toma parte de este grandioso drama que llamamos vida, un detenido análisis del cambio operado en todos los aspectos sociales, morales, intelectuales, científicos y religiosos en los dos últimos siglos, fácilmente nos convenceria de esa gran verdad. No hace mucho tiempo que el solo nombre de «Teosofía» causaba a unos sorpresa, por la ignorancia que de su verdadero significado poseían; a otros les inspiraba indiferencia, por creer que se trataba del deseo de innovación de una nueva doctrina, cuando la teosofia, o sea las enseñanzas teosóficas, son tan viejas como el pensar en el hombre. Otros, que no hay necesidad de mencionar, vieron en la teosofía la aparición fantástica del Hada, ávida de justicia, dispuesta a arrancar velo tras velo la tupida «red» que, con satánica maña, y desde siglos atrás, se viene cubriendo a la Diosa Verdad. Y ese conocimiento maravilloso de la ley de Evolución es patrimonio de la Teosofia, cuyas enseñanzas, difundidas mundialmente por los buenos teósofos, gozan de un privilegiado reconocimiento por todos los hombres medianamente evolucionados. ¡No han de pasar muchos años sin que se reconozcan las grandes virtudes de la sublime H. P. Blavatsky, de esa mujer abnegada y heroica a quien los occidentales debemos, en gran parte, el haber salido de los antros de la Superstición! ¡No transcurrirá mucho tiempo sin que veamos rehabilitar el nombre de la incomparable Maestra por las principales naciones, especialmente por sus compatricios, los hombres de la gran Rusia!

H. P. Blavatsky fué tan mal tratada como mal comprendida, y asi debia ser, ya que ella nos trajo el conocimiento de verdades que durante siglos yacían sepultadas, esperando el momento del sazonamiento humano para surgir de nuevo de las profundidades orientales, extendiendo sus ramas a través

del Océano de aguas inconscientes, para, cual loto inmaculado, ofrecer sus límpidas y puras flores al cielo occidental. ¡Fué mártir, porque fué grande; es cosa sabida que para los grandes seres la Humanidad no posee otro premio que una magna cruz! Pero la máquina Evolución rueda sin cesar bajo el control de la justicia divina, y así es como los grandes seres, al rodar de la máquina, encuentran su salario en el día de la retribución, cuando el vulgo se ha elevado del estado de inconsciente al de ser consciente, y en ello me fundo para decir que no ha de estar lejano el dia de Blavatsky, pues vemos que las enseñanzas teosóficas empiezan universalmente a imperar.

De todos los Principios sostenidos por la Teosofia, el que mayor revolución ha causado ha sido el de la Reencarnación, base fundamental de las enseñanzas teosóficas. Y se comprende que así sea, ya que la reencarnación es el principio llamado a derrumbar, no sólo al titánico pedestal formado por un sinnúmero de supersticiosas ideas y transgiversadas concepciones, como la de un Dios personal y antropomórfico, sino también ha de derretir gota a gota el monstruoso «iceberg» formado por las teorías de los llamados materialistas.

Un detenido y minucioso estudio analizando y comparando las enseñanzas que nos ofrece la Teosofía respecto a la reencarnación frente a las teorías que nos presentan los dos principales enemigos, el teólogo y el materialista, nos ofrecerán la luz radiante para que, desprendiéndonos por un momento del ciego escepticismo que hace que el hombre niegue sin antes hacer un examen previo del asunto que se va a dilucidar, podamos contemplar y percibir los rayos benéficos de la Diosa Verdad, la Isis de las Edades, la que siempre fué, es y será...

LUISA FERRER, *Hipatia.*

Buenos Aires, enero de 1922.

YANKO EL MÚSICO

Este es el cuento célebre que consagró la fama naciente del futuro autor de *Quo Vadis?*

Era tímido como todos los hijos del campo, prontos siempre a chuparse el dedo y rascarse la cabeza cuando un extraño les dirige la palabra. Nadie se ocupaba en verlo crecer, y menos en pensar que algún día pudiera ser útil a su madre, negado como era para el trabajo.

Sin saber cómo ni por qué, sólo la música le cautivaba. La endemoniada le seguía a todas partes y desde muy chiquito. Mil veces, al llevar las vacas al prado, tomaba su cesta para recoger yerbas, y mil veces la cesta llegaba a casa vacía.

—Madre, madre, ¡qué cosas cantaban en la selva!

El niño venía entusiasmado; pero la madre le decía:

—¡Yo te daré qué cantar, descuida!

Y le daba música con un zurriago. Lloraba el chiquillo, gritaba y prometía no volverlo a hacer. Pero, a pesar de todo, a pesar de los golpes que le encendían la piel, pensaba en aquella maravillosa música de la selva. Los pinos, las hayas, los olmos, los mirlos, las oropéndolas, el bosque entero, tocaba, cantaba.

¡Y qué maravilla de música!

... ¡La última mata de romero producía su canción; los gorriones que piaban en la zarza junto a la cabaña tenían una melodía especial! ¡Y, por la noche, los mil ruidos del campo, en el sueño de la tierra, componían para él un concierto misterioso!

Si lo enviaban a aventar el trigo, el viento mismo se placía en silbar o gruñir en los bieldos.

* * *

El guarda, que de noche corría aquellos campos y la aldea, contando las estrellas del cielo para no dormirse o entreteniéndose en hablar con los pájaros, había ¡cuántas veces! visto la blanca camisilla de Yanko, que se acercaba furtivamente a la posada. Pero Yanko no entraba, agazapábase junto a la ventana abierta y escuchaba a las jóvenes que bailaban el obertass. De cuando en cuando dejábase oír la voz de un chiquillo, que gritaba: «¡Ou-ha!»

En tanto que las botas pateaban sordamente el suelo desigual y resonaban las voces argentinas de las muchachas, el violín, vibrando dulcemente, «Comeremos, beberemos y estaremos alegres», decía, y el bajo, con su voz grave, resonaba también: «Comeremos, beberemos y estaremos alegres». Las ventanas brillaban iluminadas, las puertas temblaban, gemían, cantaban también.

Yanko escuchaba. ¡Qué no hubiera él dado por un violín que tenía una voz tan delicada y tan alegre!

Y acabó por construirse uno con ramas y crin de caballo. Pero su violín no tenía los fuertes sones del violín del mesón; vibraba dulcemente, débil como el zumbido de moscas o moscardones. No por eso dejaba él de arañarlo todo el santo día, a costa de mil reprimendas y pescozones maternales.

Su aspecto era el de una manzana verde. Pero tal era su naturaleza; cada vez más flaco, su vientre se abultaba más y más, la pelambre siempre revuelta, indisciplinada, sus ojos siempre grandes llenos de lágrimas, las mejillas, hundidas que daba pena verlas.

¡Pobre Yanko! Su deseo de tener un violín, su honrado deseo, ¡qué caro llegó a salirle!

El lacayo del propietario, antiguo señor de la comarca, poseía un violín que tocaba algunas tardes en el patio para divertir a las señoras criadas. Yanko se deslizaba entre las matas hasta colocarse bajo las ventanas abiertas de la cocina, desde donde podía contemplar a gusto el famoso violín colgado en la

pared enfrente de la puerta. Toda el alma del rapazuelo se le iba por los ojos; tocar no hubiera osado nunca, porque para él aquello era una reliquia tan santa como las de las iglesias, algo inaccesible. Y, sin embargo, lo codiciaba; hubiera querido tenerlo un instante en sus manos, mirarlo de cerca. El corazoncillo del niño saltaba al solo pensamiento de tal dicha.

* * *

Una noche de luna clarísima no había nadie en la cocina. Mucho tiempo hacía viajaban los amos por el extranjero; la casa estaba desierta y el lacayo se entretenía con la señora camarera en la parte opuesta del edificio.

Yanko, oculto entre las ramas, contemplaba por la puerta, abierta de par en par, el objeto de sus mayores ansias.

Sí, una clara y serena noche. En el jardín, cerca del estanque, el ruiseñor multiplicaba sus trinos, y ya lánguido, ya persuasivo, le repetía: «Anda, anda, ve.» Una honrada calandria revoloteaba en torno al niño, como para decirle: «No, Yanko, no vayas», y prevenirle contra la seducción. Pero la calandria se fué volando y el ruiseñor repetía con mayor tono de seguridad. «No hay nadie; ve, Yanko.»

Y el violín brillaba de nuevo resplandeciente.

Levantóse el niño y se adelantó con precaución, mientras el ruiseñor insistía en sus dos notas claras, sonoras: «Ve, Yanko, ve.»

La camisucha se acercó más a la puerta. Ya no la tapaban los negros ramajes. El pecho del niño se dilataba en el umbral, su respiración era fatigosa, precipitada. Un momento más y la camisucha blanca va a desaparecer toda en la cocina; ya no queda en el umbral iluminado sino una piernecilla desnuda, temblorosa... la camisa ha desaparecido. En vano revoloteas aún, calandria, y repites: «No, no.» Yanko está ya en la cocina.

Un ligero sonido vibra quejumbroso y dulce en la obscuridad, como si alguien hubiera rozado las cuerdas del violín, y de pronto...

Una voz dura, soñolienta, sale del rincón de la cocina y grita encolerizada:

—¿Quién anda ahí?

Yanko retiene el aliento; pero la voz repite con insistencia:

—¿Quién anda ahí?

Un fósforo rasca la pared. La habitación se ilumina toda luego. ¡Dios mío! Se oyen juramentos, golpes, sollozos de un niño, un grito: «¡Ay, Dios mío!» Los perros ladran, las luces corren atolondradas por toda la casa; ¡qué revolución!

* * *

Al otro día, Yanko se encuentra en pie frente al juez y al alcalde, que habían de juzgar al infantil malhechor. Ambos miraron al chicuelo, que, todo asustado, el sucio dedo en la boca, no sabía lo que podían quererle ni por qué

lo habían llevado ante aquellos señores... ¿Cómo juzgar a semejante mocoso, que no alcanza diez años y apenas puede tenerse en pie? ¿Mandarlo a la cárcel...? ¡Vaya! Preciso es un poco de compasión para los niños. ¡Que lo coja el guarda y le aplique el vergajo para que no se le ocurra ir de nuevo a robar, y se acabó!

¡Se acabó!

Llamaron a Stacha, el guarda rural.

—Llévatelo y dale para que se acuerde.

Stacha meneó su cabeza estúpida y salvaje, cogió a Yanko bajo el brazo y se lo llevó a la granja.

El niño no comprendió lo que era aquello, o tal vez se llenó de espanto. El caso es que no dijo una palabra; miró no más a Stacha como una tórtola herida. ¿Sabía lo que le iban a hacer? Cuando el guarda lo hubo tendido en tierra, quitándole la camisilla y restallándole el vergajo en sus oídos, fué cuando Yanko gritó: «¡Mamá, mamá!»

Y cada vez que el palo del despiadado guarda caía sobre su pobre cuerpecillo, gritaba: «¡Mamá!» Pero ya más dulce, más débilmente; tanto, que yo no sé a cuál de los golpes el niño se calló y no volvió a llamar a su madre.

¡Pobre violín roto!

¡Bárbaro, infame Stacha, que así pega a los niños!

¡Y éste, que era tan débil, tan chiquito! Apenas le quedaba vida.

Llegó la madre, recogió al pequeño y tuvo que llevárselo a casa. Al otro día Yanko no se levantó. Al tercero agonizaba tranquilamente sobre un jergón.

Venía la noche; las muchachas venían del campo con sus haces de heno y cantaban, cantaban la canción de los campos: «Ay, sobre el verde trigo.»

Sones de flauta partían de la orilla del arroyo. El rústico violín de Yanko yacía a los pies de la cama.

La cara del niño se iluminó súbitamente y sus labios blancos murmuraron:

—¡Madrecita!

—¿Qué, hijo mío?—preguntó la buena mujer sofocada por el llanto.

—¿Verdad, madre, que Dios me dará un violín en el cielo?

—¡Sí, hijo mío, sí!

Paz a Yanko.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

SILUETAS ESPIRITUALISTAS

El Vizconde de Torres Solanot [1]

El excelentísimo Sr. D. Antonio Torres Solanot y Casas fué un madrileño ilustre, descendiente de una noble familia de Huesca, en cuya capital recibió la primera enseñanza, sobresaliendo en el estudio de la Pedagogía, Latín y Humanidades. Hizo la carrera de Filosofía y Letras, y como no le llevaran sus aficiones al ejercicio de la abogacía, se dedicó al estudio de las Ciencias Morales, Políticas y Filosóficas, convirtiéndose en paladín decidido de las últimas con un entusiasmo y celo que no decreció jamás en el curso de su laboriosa vida.

Su afición al periodismo llevóle, siendo muy joven, a redactar periódicos manuscritos, figurando entre los colaboradores del *Ateneo*, de Zaragoza. Desde 1867 dirigió, en Huesca, *El Alto Aragón*, tomando parte activa en la revolución de 1868. Allá por el año de 1871 se manifestó entusiasta propagandista de las doctrinas espiritistas. Fundó y dirigió la revista *El Progreso Espiritista*, órgano de la Sociedad de este nombre, y poco después vino a Madrid llamado para formar parte de la Redacción de *La Constitución*, periódico fundado por D. Nicolás Maria Ribero. Desde 1872, siendo presidente de la Sociedad Espiritista Española, dirigió en Madrid *El Criterio Espiritista*, órgano de la citada agrupación, y luego del Centro general del Espiritismo, que tenia por objeto editar obras espiritistas.

En defensa de las teorías kardecianas sostuvo animadas polémicas en *Las Novedades*, *El Universal*, *El Imparcial*, *El Pueblo*, *El Tribuno* y *El Globo*, colaborando asiduamente en este último antes de pasar a ser diario político.

---

(1) Aunque HESPERIA, como revista teosófica, rechace la opinión espiritista de que los causantes de los fenómenos mediumnísticos sean, en general, los espíritus de las muertos, y no entidades no humanas y casi siempre inferiores o perversas de lo astral o «Kamaloka», no puede menos de ser tolerante con aquella otra opinión, reconociendo que figuras de primer orden como Olcott, Sinnett, etc., vinieron por el espiritismo al campo de la teosofía, saliendo del materialismo o de la simple fe ciega, razón por la cual agradece al culto y sincero pensador espiritista señor Blanco Coris el que nos vaya dando estas nobilísimas siluetas de la sabiduría y la convicción espiritista, que rogamos continúe con otras tales como las de Fernández Colavida, el general Bassol, González Soriano, Hulves Temprado, los Pallol, padre e hijo, Garcia Gonzalo, Otero Acevedo, Palasi, Rio, Navarro Murillo, Amalia Domingo Soler, Baldomero Villegas y cien más, sin olvidar al veterano luchador, felizmente vivo y abnegado como pocos, el fundador de *Lumen*, revista querida que lleva ya XXVI años de existencia. Nosotros hemos visto en la vida y en la obra de todos estos hombres una gallardía, una emancipación de pensamiento y una virtud de palabra y de obra que nosotros sinceramente emulamos como teósofos, después de depositar una flor de siempreviva sobre su tumba.

Todo ello es la justa e indispensable premisa histórica para entrar luego en el diseño de otras siluetas espiritualistas españolas y extranjeras no menos notables, ya dentro del moderno campo teosófico, empezando por la incomparable Helena Petrovna Blavatsky, a quien se refiere el aviso que consignamos en otro lugar de este mismo número.—*(Nota de la Dirección.)*

En 1878 fundó la revista *El Espirista*, que vivió dos años, publicándose sus cuatro últimos números en Zaragoza y en forma de suplementos para contestar a los sermones predicados contra el Espiritismo, por el célebre canónigo Codera. Sostuvo controversias en la Prensa con el padre Sánchez y con Manterola. Torres Solanot fué uno de los hombres que sacrificaron su reputación y sus recursos en pro del Espiritismo, y también el que nos ofreció las primicias de los curiosísimos estudios orientalistas de Jacolliot, William Jones, Colebrook, Thomas Strange, Weber Wilson, Halted, Cicé, Bournouf, Lassen, Du Mesnil, Dubois, James Prinsep, Hogson, Turnor, Schegel, Despranges y otros no menos eruditos exploradores de la India.

Comenzó sus experiencias en Madrid, en el año 1873, con una familia modesta que vivía en la calle de Serrano. Por entonces Solanot, que se había propuesto traer a España al medium inglés Monk, valiéndose del vicecónsul español en Londres, Sr. Palef y Villava, desistió de su empresa y se dedicó de lleno a la experimentación científica, proponiendo a la familia de la calle de Serrano, antes citada, se fueran a vivir con él, siguiendo los procedimientos empleados por Crookes con su medium Florencia Cook. Alquiló un hotel en la calle de Zurbano y allí se celebraron un gran número de sesiones interesantes, que recogió Solanot en un su famoso libro titulado *La medium de las flores*, del cual se tiraron 500 ejemplares numerados.

Preliminares al estudio del Espiritismo, *Consideraciones generales respecto a la filosofía, doctrina y ciencia espiritistas*, *Estudios orientales*, *El Cristianismo antes del Cristo*, libro que en 1876 contaba siete ediciones y que se tradujo al francés y al italiano, son otras tantas obras del ilustre vizconde, que costeó y editó en defensa de la Causa sin arredrarse por las persecuciones de la policía, quien le cerró dos veces su casa de la calle de Cervantes, y de las continuas molestias de los exaltados detractores del Espiritismo, que creían un demonio al hombre bueno, virtuoso y caritativo, a quien los disgustos, amarguras y sinsabores de una vida dedicada a la cultura y a la enseñanza de las doctrinas kardecianas le hirieron tan gravemente que le condujeron al retiro forzoso y a la muerte.

J. Blanco Coris.

IMPORTANTÍSIMO

Para corresponder debidamente al favor con que nos honra el público que se ocupa de los serios problemas del Mundo y del Hombre, Hesperia *se propone, a partir del número de mayo, aumentar en una tercera parte su formato, dando, además del consabido pliego de texto de* El Velo de Isis *o* Las mil y una noches ocultistas *(volumen XX de las* Obras completas de Mario Roso de Luna), *otro pliego análogo del volumen XXI de dichas* Obras completas, *y que lleva por título:*

Una mártir del siglo XIX: Helena Petrovna Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica.

Nuestros favorecedores podrán ver así en dicha obra blavatsquiana la vida, los hechos portentosos y la incomprendida ciencia de la autora de Isis sin Velo, *mujer a quien aún no se ha hecho la debida justicia.*

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.